

Diversidad

PALABRA clave si queremos entender y comprender los procesos biológicos, sociales, económicos y culturales que se dan en este perdido e ignorado planeta azul. Si algo define y engloba una característica, quizás la más esencial de nuestro entorno, esa es la diversidad. La vida es diversa y la ausencia de diversidad es lo propio de la Luna, de Marte o cualquier otro estéril planeta. En ellos sobran con media docena de elementos puestos a calentar o con sus cenizas para hacernos una idea de que la vida allí no ha sido posible. Sólo en este tercer planeta del sistema solar, las cenizas cósmicas se organizaron para, desde hace 3.500 millones de años, darle una chispa a la vida, y fruto de esa chispa, es la diversidad. Sin diversidad no hay vida y la vida es, por definición, diversa.

Y esta diversidad es principalmente biológica. Son millones de vueltas de hélices las que el ADN ha tentado y autocreado retorciendo moléculas y genes, en las más complicadas posturas, para expresar formas, tamaños, colores y lograr eso que llamamos vida. Y que ahora nos empeñamos, aunque el empuje sea minoritario, en preservarlo llamándolo sostenibilidad, que no es más que la traducción política del deseo de que no se hunda lo fundamental del barco vital: porque en ello va, incluido en el mismo paquete, nuestra supervivencia. Y además las alarmas ya saltaron hace algunas décadas: efecto invernadero, desertificación, agujero de ozono, lluvia ácida, chapapote, etc.

A nivel humano, esa diversidad es étnica, fruto de la adaptación a ecosistemas, y que la hace estética-

mente divertida: altos, bajos, rubios, morenos, negros, blancos, cobrizos..., pero eso sí, todos bípedos y dotados de capacidades racionales, aunque algunos se empeñen y se esfuercen, incluso desde el poder, en no hacer uso de este atributo humano por excelencia. Por lo tanto, nada más ajeno al deseo de la cultura dominante que pretende hacernos pasar a todos por los patrones de la muñeca barby, quizás para convertirnos en muñecos del sistema, y con cierto éxito dada, por otra parte, la imbecil capacidad imitatoria de nuestra especie.

Y la diversidad, que es la vida, no se detiene sólo en los aspectos biológicos. Va más allá, y los trasciende en diversidad cultural y religiosa, formas, al fin y al cabo, de ver e interpretar el mundo, que a pesar de los esfuerzos totalitarios, excluyentes e ignorantes de los que secularmente se creen depositarios de verdades universales y únicas, —¡como si sólo hubiera una verdad!—, son tantas como homo sapiens pueblan, quizás ya en demasía, este territorio de la diversidad. Sin parar en la diversidad de organizaciones sociales y económicas que han enriquecido y experimentado la trama social en que nos movemos.

Hagamos por tanto de la diversidad, de todas las diversidades: la biológica, la étnica, la cultural, la religiosa, incluso la económica, etc., nuestro emblema, nuestro territorio, nuestra bandera. Nada mejor para demostrar que el pensamiento único, equiparable al pensamiento cero, es lo opuesto a la vida.

■ Javier Santamarta Álvarez ■

